

FRANK Y LA RUPTURA DEL CÍRCULO



Alberto Gárate Rivera

Colección "Educar desde el espacio que elegimos"

El futuro es cada vez más breve y la resaca larga. Supervivientes, sí, maldita sea, nunca me cansaré de celebrarlo, antes de que destruya la marea, las huellas de mis lágrimas de mármol... viviré para contarlo.

Joaquín Sabina

Frank y la ruptura del círculo

Texto de Alberto Gárate Rivera

Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Foto de portada: Interior del Museo de Frank McCourt (*El País*, tomada de https://elviajero.elpais.com/elviajero/2013/02/23/actualidad/1361638559_796426.html)

Colección "Educar desde el espacio que elegimos"

Programa Editorial del CETYS Universidad

Mexicali, Baja California, México

Edición digital, mayo de 2020

www.cetys.mx/programa-editorial/
programa.editorial@cetys.mx

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Llegó a mí como muchas veces llega un libro o una buena novela a manos de un profesor universitario. Una tarde de diciembre, previo a las vacaciones navideñas, tocó la puerta de mi cubículo un colega y, después del saludo de rigor, me preguntó: *¿Qué leerás este fin de año?* No tenía algo en concreto, probablemente seguir la pista a Ruiz Zafón, el escritor catalán que había alborotado a cientos de lectores con su novela *La sombra del viento*. *Te prestó esta novela, léela, te va a interesar*. Y la dejó encima de mi escritorio sin darme tiempo a decirle que no era asiduo a los *best sellers*.

Frank McCourt, *Las cenizas de Ángela* (Océano, 2015). El título no está del todo mal, pensé al tiempo que guardaba el libro en mi mochila. Empecé a leerla un 20 de diciembre, en el patio de casa, una mañana fría que intentaba calentarla un sol agradable. El relato autobiográfico de McCourt me tocó todo el tiempo, no la trama de la novela en sí misma, sino esa orfandad de vida que luego la conectaba con la escuela, con el barrio, con los profesores, con las letras. Y todas esas circunstancias me llevaron a reflexionar.

Frank McCourt es un adolescente de 13 años. Vive en un pueblo olvidado llamado Limerick, en la vieja Irlanda. Corren los años de la década de los treinta del siglo xx y los nombres de Mussolini y Hitler retumban en las calles maltrechas de ese villorrio. La vida es dura, fría y húmeda la mayor parte del año y llena de carencias siempre. Los hombres trabajan en alguna fábrica de carbón y ganarse tres libras a la semana significa sudar frío, perderlas en la taberna más cercana, no representa esfuerzo. El diario acontecer tiene una simplicidad casi absoluta: las mujeres en casa teniendo los hijos que Dios les dé; los hombres trabajando en largas jornadas; cuatro instituciones o sitios metidos hasta en las emociones de los habitantes: el gobierno que mal reparte la exigua riqueza y se encarga de alimentar el odio de los irlandeses hacia los ingleses; la iglesia católica u otras religiones más blandiendo los pecados en cada esquina y en cada puerta de las cuarterías (viviendas desvenecijadas), ejerciendo un poder casi medieval; la escuela (primaria y secundaria), construida desde una disciplina ininteligible y con una verticalidad muy propia de la época y, la cuarta, la taberna, donde los hombres que cobran su sueldo los viernes van a dejarlo tomando pinta tras pinta porque sí, porque eran hombres y porque así lo habían aprendido de sus padres y abuelos. El mundo de Limerick estaba atrapado en esa telaraña cultural de los entornos premodernos.

La vida de Frank estaba en la parte más baja de la pirámide. Su padre era el más borracho de todos y su madre tuvo siete hijos, dos los cuales murieron muy pe-

queños. A Frank y a sus hermanos su madre los mandó a la escuela porque era algo natural en Limerick. Fueron a la primaria con todas las carencias a cuestas y con el hambre pegada a sus ropas andrajosas. Su madre no quería pasar la vergüenza pública de ser la única familia del barrio cuyos hijos anduvieran vagando en la calle todas las mañanas. Tampoco pensaba que el centro escolar moldearía a los suyos y que al paso de los años los volviera exitosos. Para ella la escuela no era más que el tránsito de la niñez a la adolescencia. Debía mandarlos porque los vecinos, menos pobre que ella, pero igual de frágiles, tenían a los suyos en las escuelas.

Frank no era un virtuoso, pero leía bastante. El autor no se mete para nada con la relación hambre-aprendizaje, esas teorías de la psicología educativa llegaron décadas después. A los 12 años, el personaje central de la novela comenzó a ayudarle al viejo John a repartir bolsas de carbón en las casas de los pudientes. Algún chelín le daba John, pero más que eso, lo hacía sentirse útil. Frank, a esa edad, ya no quería hacer otra cosa más que tener 14 años y pedir el trabajo de John: conducir una carreta jalada por un caballo y repartir 15 bolsas de carbón por las casas de Limerick. Ello le nació de dos rasgos simples: el viejo John de continuo le decía que le era muy útil y, más de una tarde le soltó las riendas del caballo y ahí iba Frank por las calles destartaladas del pueblo, sintiéndose todo poderoso por tener los controles en sus manos.

Cuando John advirtió esta trampa que buscaba doblar el destino de Frank, le dijo: *No Frank, tú no estás*

para ser maletero de nadie. Tú sigues en la escuela, ese es y debe ser tu único trabajo. Y entonces fue a llevarlo a su casa con el mensaje de que ya no lo ocuparía más. La decepción de Frank fue más grande que el regaño que le propinó su madre la cual interpretó el gesto del viejo John como un mal comportamiento del hijo. Además, los chelines los ocuparía, aunque fuera para comprar unas papas.

Ese fue el primer aviso de una persona que practicaba la alteridad sin saberlo. El segundo corresponde a la empleada de la biblioteca pública de Limerick. En cierta ocasión, un tío de Frank le pidió que fuera a recoger algunos libros de ese lugar. El adolescente fue y cuando estaba por salir de la biblioteca, se soltó un diluvio. Entonces la bibliotecaria le pidió que se quedara hasta que dejara de llover y le dio un voluminoso libro que contenía historias de santos y querubines, según ella, para entretenerlo. Frank se arremolinó en las páginas de esa obra. Horas después, la bibliotecaria le dijo que ya se podía ir, que había dejado de llover, pero antes de que saliera a la calle, le preguntó: *¿Qué leíste, Frank?* La respuesta que le dio fue contundente, clara y llena de detalles. Sorprendida por la manera cómo leyó el adolescente, fue a buscar a su madre y le dijo: *Es menester que este niño siga estudiando, va a ser sacerdote. No he visto a un niño de su edad leer con tanto interés. Hasta le pregunté sobre lo que había leído y me lo dijo con una gran claridad. Insisto, Dios lo ha elegido, debe ser cura.* La madre no supo de qué hablaba aquella mujer; se conformaba con que no fuera a quejarse de que hubiese maltratado

un libro, o peor aún, que se lo hubiese robado. Por su parte, Frank no quería ser sacerdote, quería ser empleado de la fábrica de carbón. Quería jalar las riendas de un caballo. Y nada más. Dejaron ambos pasar un trozo de historia y una mueca del azar.

El tercer aviso llegó por parte del director de la escuela. En una clase, el Sr. O'Holloran, que se ocupaba del grupo de sexto año, lanzó un par de preguntas al aire que requerían respuestas abstractas. Nadie las respondió. Ante el silencio grupal, el hombre insistió en las preguntas y nuevamente sólo vio cabezas inclinadas hacia los mesabancos. En un momento de apremio, paseando su mirada por las filas, vio a Frank y pensó: *Quizá este atolondrado sepa algo*. Entonces le planteó las preguntas directamente. El adolescente, que hablaba poco en el salón, pescó la lógica sin inmutarse y respondió como si estuviera explicándole a su hermano menor el juego de canicas. Al viejo profesor se le iluminó el rostro y se dijo que algo bueno podía hacer ese día. Frank: *Quiero que tu madre se presente conmigo mañana mismo. Anda, ve y dile que tengo mucho interés en hablar con ella*.

La mujer dejó pasar un par de días porque no quería ir a escuchar quejas sobre su hijo. Cuando el director exigió que fuera porque de no ser así lo expulsaría, no tuvo más remedio que acudir con harta vergüenza y con la pobreza rozando sus rodillas. Teniéndola frente a él, el hombre le dijo: *Su hijo es muy bueno para la escuela. Llévelo con los hermanos cristianos y dígales que va de mi parte para que lo admitan en la secundaria. Faltaba más, yo no soy director de esta escuela para preparar recaderos*.

Hasta aquí me gusta la historia porque Frank, en la secundaria, y luego en el bachillerato, y después en la universidad, me daría la razón: las buenas escuelas y los buenos profesores construyen promesas, a veces a pesar de la falta de expectativas de la familia. Sin embargo... la respuesta que Frank le da a su madre cuando van de regreso a casa es un poema de impacto de contexto y me desarma.

Cito un dialogo textual:

Me gustaría que el Sr. O'Holloran [director de la escuela] no se metiera en lo que no le importa. Yo no quiero ir a la escuela de los Hermanos Cristianos. Quiero dejar la escuela para siempre y encontrar un trabajo, cobrar mi sueldo todos los viernes, ir al cine los sábados por la noche como todo el mundo (p. 377).

Cierro comillas y resalto: **como todo el mundo...**

Y no fue porque quería hacer lo que todo el mundo en Limerick. Trabajar, cobrar su sueldo, ir al cine los viernes y, los sábados ir a la taberna a ofrecerle unas pintas a sus amigos... y así. Ese era su mundo, no había otro mundo, nadie le había llevado a otro mundo y él no alcanzaba a viajar a otros confines a pesar de su capacidad lectora, y si lo hacía, el conocimiento y los sueños no tenían la fuerza suficiente para crear una ilusión, y después una expectativa. ¿Quién tiene la fuerza para romper ese círculo donde la vida parece predeterminada? ¿Dónde está la escuela, su sentido social, la idea de ser mejor, el futuro? ¿Cuál es el papel del contexto en el sentido de la formación de las personas?

De cualquier manera, a los días de su charla con el director de la primaria, aquella sufrida mujer lavó lo

mejor que pudo su vestido menos desgarrado y el pantalón menos zurcido de Frank, y lo llevó con los hermanos cristianos. La respuesta que le dio uno de ellos, después de mirarlos de arriba abajo, fue contundente: *Su hijo jamás estudiará con nosotros. Eso se lo aseguro.* Y lo cumplió. Su madre no insistió y Frank no estudió con los hermanos cristianos.

Con ese destino que parecía no tener grietas por el cual fugarse, con un Frank negado a estudiar y una familia ahogada en la pobreza, ¿qué fue lo que ocurrió para que Frank McCourt formara su propia grieta y por ahí gestionara una vida distinta? ¿Qué le dio la vida y qué tenía él que lo llevó a convertirse en el exitoso escritor que llegó a ser en estos años? Habría que leer dos novelas biográficas más de este hombre para saber las respuestas.

En la exploración de la vida de las personas es frecuente encontrar enseñanzas. Leyendo la biografía novelada de Frank McCourt, también podemos encontrarla. Hay una muy sutil que a veces escapa a las teorías sobre la desigualdad social y a los análisis estructurales de la escuela y su función social. Desmenucemos un poco algunas circunstancias.

Frank se escapó sin saberlo. No fue su madre la que lo inspiró. Tampoco encontró señales alentadoras en las calles del barrio de Limerick. La escuela no reconoció sus talentos y él no hizo demasiado por explotarlos porque no sabía que los poseía. Acaso el viejo John se dio cuenta de una cierta voluntad y una nobleza que el adolescente mostraba al encontrarse con él todos los

días para ayudarlo a cargar los sacos de carbón. El director se emocionó una tarde de decepción pedagógica en la que no encontraba una cabeza bien formada que valiera la pena. La reconoció en Frank, pero no la cultivó. Sólo tuvo un atisbo de luz cuando le dijo a la madre que lo llevara con los hermanos cristianos, y la historia posterior no consigna que el director hubiese terminado su obra de responsabilidad por el otro.

La pista de la ruptura de un círculo precario en el que vivía Frank y su familia parece fortuito. El protagonista de este relato terminó la escuela e hizo lo que casi todos los egresados de la primaria: fue a pedir trabajo de mensajero en la oficina postal de la ciudad. Se lo dieron y ahí empezó una carrera de mediano éxito. Sin embargo, una cosa permanecía en la cabeza de Frank y no se iba de ella ni un sólo momento: él había nacido en Estados Unidos y quería regresar a ese país. A Nueva York, para ser preciso. La vida le valía poco en Limerick y estaba resuelto a ahorrar hasta el último chelín para lograr comprar un boleto y embarcarse. Esa fijación movía sus pasos, pero al ritmo que podía ahorrar, le iba a costar décadas lograr juntar el dinero.

La vida, siendo también azar, se le presentó una tarde que fue a dejar un telegrama a casa de una mujer usurera que prestaba dinero a intereses muy altos. La mujer se encontraba en la sala furiosa y frustrada porque sus deudores no le pagaban. Al llegar Frank a entregarle el telegrama le preguntó si sabía escribir. El muchacho respondió que sí. Entonces le pidió que le escribiera una carta amenazante al Sr. Stevenson, *un*

mentiroso inmundo que se negaba a pagarle. Frank la escribió cargada de adjetivos que a la usurera le parecieron maravillosos. Acto seguido, le pidió que fuese a entregarla al sujeto. Al día siguiente el hombre aquel fue a pagarle una parte muy considerable del adeudo. La mujer encontró su mina de oro en Frank y este una cantidad importante de dinero que ella le pagaba por sus servicios de *abogado escritor*.

Veán ustedes qué cosa tan singular. La determinación de querer regresar a lo que consideraba en su imaginario un mejor sitio para vivir y, un talento desconocido, no identificado ni por la escuela, ni por la familia, ni por él en su infancia y adolescencia, lo llevaron a pasar de un mundo a otro. Frank es un caso muy particular de ruptura del círculo de la fatalidad, pero no por instancias que comúnmente contribuyen con la ruptura, sino por esa capacidad para leer y escribir que él llenó a niveles de alto profesionalismo. Es cierto, el talento lo cultivó en la universidad, a la cual ingresó en los Estados Unidos, no sin muchos sacrificios.

Para cerrar con relato se me ocurre traer la reflexión que escribía un académico a propósito de los rasgos que definen a cada persona:

Qué la vida le ha dado o negado
qué de ella ha querido y podido,
o qué ha podido, pero ella no ha querido...

Algo ha de existir por ahí, metido en la esencia de la persona,
algo que no es dado por la herencia
ni tampoco lo aprehendió del entorno que nos corresponde...

Un tercer elemento que es absolutamente propio, del individuo y de nadie más... eso que lo define, no otra cosa...



Consulta este
y otros textos de la colección
“Educar desde el espacio que elegimos”
de Alberto Gárate Rivera.

